

agrade tu culpa, no le quita que lo sea. A la segunda tentacion ó pregunta volvió San Pedro á negar con mas grave y mayor pecado. Llegose á él un pariente de Malco, aquel á quien habia el Santo cortado la oreja en el huerto y le dijo cómo él le habia visto en el huerto con el Señor: y aquí fué el mayor miedo: porque si se descubria el que él habia dado la cuchillada, corria su vida mucho peligro; y así dijo, que ni era de los discípulos del Señor, ni le conocia; y esto con juramento. Ya son dos pecados mas; que no solo niega la verdad, sino que es perjurio. Creció la tentacion, y tomó cuerpo con la cuchillada del huerto, y se cumplió el dicho del Señor, que el que hiere con espada, con la misma espada muere. Allá quitó con la espada una oreja; y aquí otra espada le quita la vida del alma: mira como un pecado trae otro consigo: mira como las culpas enflaquecen el alma. Ya está de todo punto apoderado el miedo de aquel pobre corazon. Embístenle con nueva tentacion, no uno, sino todos: no hay piedad en los ministros de tinieblas; porque en viendole á una alma que flaquea, todos cargan sobre ella para oprimirla y sepultarla de una vez. Cargaron sobre el temeroso y afligido Apóstol todos, y lo acabaron de derribar en una gravísima culpa. Primero sencillamente, luego con juramento, y por último con maldiciones, execraciones y juramentos: para que veas como cuanto mas permanece uno en el pecado, tanto mayores y mas gravísimas culpas comete. Teme, hermano mio, la primera; que si no, caerás en la última.

254. Considera cómo habiendo negado San Pedro la tercera vez al Señor, cantó el gallo, que era el cumplimiento de la profecía del Señor; y con todo eso no volvía San Pedro en sí, dice el Crisóstomo,* hasta que llevando los verdugos al Señor, pasando por el mismo patio, alargó la vista de su misericordia, y le miró con tanto amor, que comunicándose por los ojos la llama, derritió el helado corazon del apóstol, y empezó á correr el agua de las lágrimas, destilada del fuego divino por la contricion y dolor.† ; O amor incomparable, exclama San Ambrosio! ; O clemencia infinita del Señor! Considera el desvelo y cuidado de aquel amoroso corazon sobre la perdida oveja. Llévanle preso, atado y ligado, cargado de oprobios y tormentos; y con todo, olvidado de

* In Cat. Græ.

† In cap. ii. Luc.

sí, se le van los ojos tras de quien le negaba, y le vuelve con amor increíble á su gracia. Vuelve, vuelve en ti, Pedro, que el miedo te tiene fuera de ti: vuélvete á mí, y no dudes de mi amor: acuérdate que ántes te lo pronostiqué. Acordóse el Santo, y empezó á llorar: acordóse del amor: acordóse de la bondad y benignidad del Señor, y le atravesó el corazon la ingratitud: lloró, y se salió de aquella mala casa y compañía; y como dice San Buenaventura, se fué á una cueva que está en el huerto, entre el monte Sion y Jerusalem; y allí lloró amargamente, sin admitir consuelo: y dice el Evangelio, que empezó á llorar; porque jamas en toda su vida se le enjugaron las lágrimas, ni le faltó hasta la muerte aquel dolor. Mira tú, cristiano, cuántas veces le habrás negado con las obras, palabras y pensamientos, y mira si te has salido de la casa, y con qué ánimo has llorado; si has vuelto á dar entrada al consuelo de tu cuerpo y alma, ó si se acabó en ti la pena y el dolor. Aprende de la penitencia del Santo, y escarmienta en su caída. Así que le miró el Señor, y le dió luz para que volviese en sí, y conociese su culpa, empezó á llorar; y no se fué luego á los piés del Señor; porque como dice San Ambrosio, fuera arrojado llegar ántes de llorar. No volvió á los ministros á darles satisfaccion: lo uno, porque ellos eran tan malos, que no cabia en ellos escándalo; y lo otro, porque quiso dar primero á Dios la satisfaccion, que era el primer ofendido; y para libremente llorar, se salió fuera, porque aquella perversa gente le habia de impedir el llanto, dice Beda; y tambien porque como le derribaron de la gracia, le habian de derribar de la penitencia, dijo San León;* y como ya por experiencia sabia su flaqueza, huye y se retira. Imítale en la penitencia, y escarmienta de su caída, pensando bien en ella.

255. Considera cómo Anas mandó que llevasen al Señor á casa de Caifas, en donde estaba junta aquella caterva de pontífices y príncipes de los sacerdotes, ancianos, y todos los que eran diputados y consejeros por la república para los graves negocios. Ahora haz cuenta que estás presente á todo, y que vas viendo y notando cuanto pasa, para considerarlo en tu corazon. Piensa como sacan al Señor de casa de Anas todos los ministros y verdugos que le habian preso; y puedes entender que el maldito Anas les mandó dar de

* Serm. 9. de Pass.

beber, y regalar cuando llegaron con la presa; y como ellos viéron el contento que le habian dado en traerle tan maltratado, ahora al llevarle al otro pontífice fué mayor la crueldad con que le llevaban, mayores los golpes que le daban, mayor el estruendo y el ruido por todas las calles, de manera que toda la ciudad se inquieto, y corriendo la voz, todos tuviéron noticia de cómo Jesus Nazareno iba preso. Ya empiezan los varios juicios que hacian del Señor: hasta aquí padecía en el cuerpo; mas ya empieza á padecer en la honra y en la fama. Considera con San Buenaventura, que habiendo llegado con el Señor todo lastimado á las puertas de Caifas, aquellos cruelísimos ministros se levantaron con ímpetu diabólico, y entrando por la puerta, le asiéron, unos por los cabellos, otros por los cabezones, y otros por las cadenas, y á empellones, golpes y puntapiés le llevaron ante el pontífice, y luego se sentaron, y embravecidos como fieras contra el mansísimo Cordero, y vueltos con los semblantes al pontífice, le digeron, que examinase los testigos, y que luego se sustanciase la causa: que no habia cosa mas justa que quitarle la vida á un tan mal hombre, embustero, sedicioso y engañador de las gentes. Saliéron en esto los alguaciles a buscar testigos, cohechándolos con dinero; y aunque viniéron muchos, y digeron muchas mentiras, como dice Orígenes,* fuéron tan contrarias á la verdad, que no pudiéron siquiera con todas ellas dar la sentencia con algun color de verdad. Por último trajeron dos, pareciéndoles que con aquellos tenian ya cuanto habian menester; y el testimonio de estos fué jurar, que el Señor habia dicho que podia derribar el templo de Dios, y en tres dias lo podia reedificar: y fué declarada mentira; porque el Señor no habia dicho aquellas palabras, sino otras muy distintas, hablando de su santísimo cuerpo. Atiende por aquí, cristiano, la pureza y santidad del Señor pues entre tantos enemigos no pudiéron hallar cosa que siquiera pudiese dar algun color de verdad á su maldita intencion, y por esta razon no dudes que se estarían carcomiendo dentro de sí, y mas á vista del tribuno y soldados Romanos, que tendrian no poca confusion.

256. Considera cómo el pontífice lleno de cólera é indignacion se volvió al Señor, y le dijo: ¿no respondes nada á lo que estos dicen contra ti? Y como dice San Buenaven-

* Hom. 35. in Matth.

tura, todos aquellos malditos se levantaron, viendo que se levantó el pontífice, y como perros rabiosos, llegándose al Señor, le digeron: ¿no tienes lengua, malvado? ¿Te has vuelto mudo? Di, responde: ¿qué se hizo aquella verbosidad con que traías embebecidos tras de ti los pueblos por los caminos, calles y templos? Entónces clamabas y dabas voces por lugares, ciudades y desiertos, llevando tras de ti multitud grande de gente ruda é ignorante, y para todos tenias que hablar, ¿y aquí te faltan razones para responder á tu prelado? Habla, embustero, habla. ¿No eres tú aquel que aquí á nuestros oidos te ponias en el templo á predicar prolijos y largos sermones, afrentándonos, públicamente, llamándonos hipócritas y embusteros? ¿Tú que eres un hombre vil, de bajo nacimiento, te atreviste á poner en tu boca á los que somos doctores de la ley, maestros y pontífices del pueblo? Hasta aquí San Buenaventura. Y queriendo embestirle, los detuvo el pontífice; como quien dice: dejad, que ahora veréis como yo lo aclaro todo; y llegándose á su Magestad divina, le dijo: yo te conjuro de parte de Dios vivo, que nos digas si eres Cristo Hijo de Dios. Respondió, por la reverencia del divino nombre, diciendo llanamente y confesando, que era Cristo Hijo de Dios; y que aunque ahora le veian tan humillado y oprimido, entendiesen que algun dia le verian bajar del cielo con poder á juzgar el mundo. Oidas las palabras del Señor, que se las preguntó, no por saber la verdad, sino por ver si podia hallar materia de donde asirse para condenarle; fingió el hipócrita mucho sentimiento, y volviéndose á los otros, les dijo mostrando gran dolor: blasfemado ha, ya no necesitamos de testigos: ¿habeis oido la blasfemia? ¿Qué os parece? Que muera, clamaron todos; y arremetiendo con su Magestad divina (dijo nuestra Señora* á Santa Brígida) le diéron terribles puñadas en su santísima boca, como á blasfemo. El texto sagrado dice: que le diéron de pescozones y bofetadas. Y Santa Brígida: que le derribaron en el suelo, y le diéron de patadas y puntapiés, y que bajándose de los asientos aquellos infames y malvados doctores, haciéndose tambien ministros de justicia por el rencor que con su Magestad tenian, descargaron sobre el Señor muchos y grandes golpes y puñadas; y cogiendo por los cabellos su santísima cabeza, le diéron con su venerable barba

* Lib. 1. de Revel. cap. 2.

y boca contra el suelo con tanta inhumanidad, que le hiriéron malamente sus labios, los dientes se le movian desencajados de su lugar, y luego le levantaron, y poniéndosele por delante, le escupian en su rostro divino, como si escupieran en una cosa abominable. Harta materia tienes en la mansedumbre de este Señor, en su paciencia, en su silencio, y en la rabia de sus enemigos, para contemplar, y juntamente para compungirte y resignarte en padecer algo por el que tanto padeció por ti.

257. Considera, como dice San Agustin, San Pascasio, y San Buenaventura, que habiéndose cansado aquellos malditos príncipes de herir al Señor, llamaron á los soldados principales, y se le entregaron para que lo encerraran en un calabozo que estaba en la parte inferior de la casa, como dice San Buenaventura; y les encargaron que le tuviesen á buen recado hasta que amaneciese, y que por la mañana serian regalados; como quien dice: cojan allá ese sacrílego engañador, que hoy ha de morir sin remedio, y castiguen su atrevimiento en el ínterin que amanece, que en esto nos harán una grande lisonja; y dándole de puntapiés, le entregaron á los ministros de la maldad, y en esto le cogieron y llevaron á un calabozo profundo; y allí, como dice San Buenaventura, le ataron con los manos atras á una media columna, y le diéron gravísimos azotes, y despues muchas bofetadas, puñadas y pescozones; y desatándole de la columna, embravecidos con su paciencia, y de que no se quejaba como ellos querian, para que lo oyese el pontífice, y tuviese aquel gusto, le asiéron por los cabellos, y le arrastraron por el calabozo, dándole muchos puntapiés, y luego le levantaron, y asiéndole con rabia de sus santísimas barbas, se las arrancaban, y escupian en su divino rostro, diciéndole grandísimos oprobios y afrentas. Luego le cubrian el rostro con un inmundo y sucio lienzo, ó con un trapo vil, atado en su divina cabeza, y jugaban con el Señor de la Magestad, dándole de pescozones, puñadas y bofetadas, tirándole á una parte, y volviéndole á otra, juntando á estas crueldades palabras de gran desprecio, diciéndole uno que le daba un golpe: ea, Cristo, gran profeta, ¿á que no adivinas ahora cuál de nosotros te dió? Ea, ¿que no aciertas con el que te hirió? Y esto lo repetian muchas veces con otras muchas desvergüenzas, descortesías y blasfemias, poniéndole nombres infames y afrentosos. Y finalmente fuéron tantos y tales los oprobios, las afrentas, dolores y tra-

bajos que padeció el Señor esta dolorosa y triste noche, que hasta el día del juicio, dice San Gerónimo, no se sabrán. Vistas todas estas cosas, considera tú que ves á tu Señor en aquella cárcel, y que ves todas estas crueldades y vilipendios, y que muchas veces le ves en el suelo caido, que pasan por encima de él, que le pisan y maltratan, y que el Señor tiene infinita paciencia, y que no abre su boca ni se queja, y que la Reyna de los ángeles en vision lo estaria registrando todo con inefable compasion, pena y dolor de su alma, y que los ángeles que acompañaban al Señor estarian por los rincones de aquel calabozo como pasmados y asombrados de ver el infinito exceso de amor, que le obligaba á ponerse en aquel estado, y padecer tanto por los hombres. Pásmate tú de la dureza de tu corazon, de tu ceguedad, y del olvido de tu alma, pues se te ha pasado la vida en ofensas contra un Dios que tanto pasó por ti.

258. Considera cómo los pontífices muy de mañana se juntaron con los ancianos, doctores y fariseos, que con todos eran setenta, que era como consejo ó junta general, y en ella trataron, no de la sentencia de muerte que se habia de dar contra el Salvador, porque esa ya se habia dado la noche ántes; sino de qué género de muerte se le habia de dar: si le habian de matar á pedradas: si seria mas acertado darle á comer un poco de pan envenenado, para que muriese reventado, y ocultamente en la cárcel, sin que nadie le pudiese valer de todo el pueblo que le habia seguido; ó si seria mejor entregarle al juez para que le crucificase; y este género de muerte, por ser mas cruel, mas dilatado, y mas afrentoso, les pareció mejor: para esto madrugan y se desvelan: no los deja sosegar el rencor. ¡O desdichada mañana, y madrugada infeliz para vosotros, obstinados y ciegos Judíos, exclama San Leon! Esa mañana, esa mañana echó por tierra vuestro templo y altares: esa mañana os quitó la ley, la luz y las profecías, y os dejó en tinieblas eternas: esa mañana os quitó el reyno y el sacerdocio, y os dejó en perpetua esclavitud: esa mañana convirtió todas vuestras fiestas en llantos y amarguras eternas: os juntais para dar sentencia a Cristo, y la dais contra vosotros mismos: pensais con qué género de muerte le quitaréis la vida, y con eso no habrá género de muerte, pena ni tormento, que no os echeis encima contra vosotros: os juntais, y juntándoos de día á vista del sol, no veis el mal que os haceis: no tenéis excusa, pues pecais á las

claras, y contra la luz os mirais. No tendrá remedio vuestro daño, dice Orígenes.* ; O cristiano ! Mira que si pecas, si te juntas con el demonio, con tus pasiones, y con los malos contra Cristo, contra ti es la junta ; y junta que se hace de dia, culpas hechas con conocimiento y sin ignorancia, son culpas de réprobos. Teme, y puesto que tienes luz, no obres contra ella.

259. Considera cómo el maldito Júdas andaba entre esta mala gente á la mira, para ver en qué paraba su traicion, porque la conciencia no le dejaba sosegar ; y viendo esta mañana que ya los príncipes de los sacerdotes, los pontífices y ancianos habian concluido la causa del Señor, fué grandísima la pena y el tormento con que le apretó la conciencia. Llegóse á los príncipes y ancianos ; y volviéndoles el dinero que le habian dado por el Señor, les dijo, que habia hecho un pecado grande en venderles la sangre justa y santa de aquel inocente, que allí tenian su dinero ; y que puesto que era inocente, que le dejasen ir libre. Ellos se volviéron á Júdas, y como premedita San Pascasio, † le digeron : ¿ ahora nos vienes con eso ? Hubieras visto tú ántes lo que hacias : ahora si has hecho mal, mira por ti, y no nos vengas acá con esos embustes ; porque ¿ qué nos va á nosotros que hayas pecado ó no hayas pecado ? Allá te lo hayas : y así le despidieron haciendo burla y mofa de él. Esto es lo que ganan aquellos que por complacer á otros y congraciarse con ellos, ofenden á Dios, que despues hagan burla de ellos, y los desprecien aquellos por quienes pecaron : es muy justo que te dege y te desprecie aquel por quien tú dejaste y despreciaste á Dios. Escarmienta, pues, y no deges á Dios por las criaturas ; que el pago que te han de dar, ha de ser arrojarte de sí cuando te vean perdido. Piensa tambien en la malicia de aquellos malvados, dice San Hilario, que oyen que han comprado la sangre inocente, y se hacen desentendidos, justificando su ciega maldad con el pecado de quien la vendió, como si no fuera igual la culpa, así en el que vende, como en el que compra mal. ‡ Líbrete Dios de estos engaños : procura justificarte delante de Dios, y no te contentes con paliar tus culpas delante de los hombres.

260. Considera cómo viendo Júdas que no le querian re-

* Hom. 35. Matth.

† Lib. 12. in Matth.

‡ In cap. xxvii. Matth.

cibir el dinero, se fué al templo y lo arrojó en él ; y desesperando de la divina misericordia,* se fué y se ahorcó de un árbol, y colgado reventó por medio, y se le saliéron las entrañas : así dió fin el traidor, entregando el alma muerto al que la habia dado vivo : viviendo dió posesion de ella al demonio ; muriendo se llevó el demonio lo que habia poseido en vida. Piensa todas estas circunstancias, que puesto que el Espíritu Santo las nota, para nuestra enseñanza se escribiéron. Mira la inquietud con que andaba el desesperado por volver el dinero, y viendo que no se lo querian tomar, él lo arrojó de sí : era dinero, y no lo queria tener consigo, siendo codicioso : era dinero, y no lo quieren los Judíos, ni los príncipes de los sacerdotes, siendo avarientos y codiciosos ; porque aunque era dinero, era precio de la sangre de Jesus, y este lo arrojan de sí los malos. Este precio tienes en tu alma en la divina gracia, mira no lo arrojes : aprécialo en mucho, porque con él comprarás el reyno de los cielos. Mira que miétras Júdas no lo arrojó de sí, dice San Máximo, † no desesperó ; y así que lo apartó de sí, se ahorcó. Y considera asimismo la ceguedad de aquel miserable, que llevó el dinero al templo, cuidando de que no se perdiese, y él se va á la horca y se entrega á la perdicion. ¿ Qué mas insensato le quieres ? Asegurar el dinero y perder el alma. Mira cuánto mas queria el dinero que su propia alma : por él vendió á Dios, perdió su gracia, y se perdió. Ten gran cuidado que el corazon no se te pegue a las cosas de esta vida, porque si las amas con ansia, te han de cautivar, y han de dar contigo en la eterna perdicion.

261. Considera tambien que no arrojó el dinero en un muladar, ó en la casa de Caifas, ni en la calle, sino en el templo ; porque como dijo Drogon, el templo es casa de Dios ; ‡ y como él tenia por Dios al dinero, por eso lo puso en el templo : hasta entónces lo habia tenido en el templo de su alma como Dios : queria arruinarse este templo, y el infeliz cuidó del Dios que adoraba, y dejó caer el templo á los infiernos. Mira que es tu alma templo de Dios, no la hagas de ídolos, adorando el dinero en donde solamente Dios debe ser adorado, porque perecerás con los ídólatras ; y ya sabes que es especie de idolatría la avaricia. Considera asimismo el género de muerte que se dió el desdichado Júdas, que

* Act. Apost.

† In cap. vii. Matth.

‡ De Sac. Pass.

fué en el aire; propio parage de los espíritus de las tempestades, dijo el glorioso San Bernardo,* para morir entre los demonios el que habia vivido con ellos. Con quien vivas morirás: los compañeros de tu vida lo serán de tu muerte. Considera en el modo con que se ahorcó aquel perverso y maldito apóstata. Dice San Agustin, y con él la version Siriaca, † que se subió á un árbol, y atravesando de una rama una sogá, se echó el lazo al cuello, y se ató á los piés la extremidad de la sogá, y dejándose juntamente caer con ímpetu desesperado, con sus mismos piés se apretó el lazo; y fué tan terrible la furia con que se arrojó, que la sogá se hizo pedazos, y él cayó muerto en la tierra, y con el golpe se partió por medio, y se le reventaron las entrañas. Mira por aquí cuán desesperada rabia concibió contra sí mismo por la gravedad de su delito, y cuán cruel verdugo es el pecado en la muerte, y teme de llegar con él á aquel trance. Considera lo otro, cómo con sus propias manos y piés se mató, ayudando con los piés á que fuese acelerada la muerte: en las manos has de entender las malas obras: estas ponen la sogá á la garganta, y la aseguran en la horca: en los piés entiendo los afectos, y estos tiran de la sogá, y ahogan al desdichado; y el peso de las culpas en el alma rompe la sogá, y la hace pedazos en la tierra: y así cayó este desgraciado apóstol; y dice San Agustin que cayó boca abajo: porque los afectos carnales, las malas obras y los pecados lo llamaban con la boca á la tierra, y estos fuéron sus verdugos. Escarmienta, cristiano, y no te deges arrastrar de estos afectos desordenados. Considera lo último el haber reventado y salídosele las tripas y las entrañas, que fué otra cosa singular, la cual no se lee de ningun ahorcado; y este fué castigo de Dios, dice Drogon, ‡ porque Júdas era golosísimo; y no pudiendo tolerar la abstinencia con que vivian los apóstoles en compañía del Señor, hurtaba el dinero que traía para el gasto de los demas, y á escondidas hacia sus comidas, y se regalaba y comia cuanto queria; y así el vientre que le trajo al mayor de los pecados del mundo, reventando en su muerte, dió testimonio que por la destemplanza y la gula se habia condenado aquel desdichado. Mira lo que haces, no seas de aquellos de quienes dice San Pablo, que

* Serm. 8. in Psalm xc.

† Act. i. 17. cont. Sel. Maniat. lib. 1. cap. 4.

‡ Ubi sup.

tienen el vientre por su Dios, y que la gloria y el deleite se les volverá en confusion eterna. No puedes conseguir virtud alguna, si no eres abstinentes. Huye la hipocresía, y no quieras parecer abstinentes con Cristo, y ser gloton en lo oculto con Júdas. Sé abstinentes de manjares y de la gloria mundana.

262. Considera cómo los Judíos cogieron el dinero de la venta del Señor, y digeron que no era justo que aquel dinero, que era precio de la sangre vendida, se juntase con las otras limosnas en el erario del templo, y así compraron un campo, y le destinaron para sepulturas de peregrinos; en donde has de considerar dos cosas: la primera, que esto no fué hecho acaso, sino que fué altísima disposicion; que su divina Magestad no quiere que el precio de la sangre y sudor de los pobres se ofrezca á Dios, ni se dé de ello limosna á los templos. La segunda, que á quien vale el precio de la sangre de Cristo en la muerte es á los que viven como peregrinos en este mundo: esos gozan el fruto de su sangre en la muerte, no los que tienen el mundo por patria, come dice San Ambrosio.* Tú has de procurar vivir como desterrado y peregrino en este mundo: deja sus cosas á cuyas son, y desasido de todo, anhela por la patria eterna. Y ahora degemos á Júdas, y volvamos á nuestro Salvador.

263. Considera cómo habiéndose juntado los pontífices y príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y habiendo determinado que la muerte que se le habia de dar á nuestro Salvador fuese la muerte de cruz, le hicieron llamar y traer de la cárcel. Ponte á la mira, y verás cuál sale tu Dios de aquel tenebroso calabozo, y de aquella penosa y lamentable noche: repara bien en él al salir, y verás que sale tan maltratado, que su vista era bastante á partir de dolor las piedras. Ya sabes que le habian derribado en el rio, y que su ropa era de lana; y habiéndola tenido toda la noche encima, era fuerza que saliese traspasado de frio, y todo temblando. Habíanle arrastrado por el suelo de la cárcel, que era terrizo, y toda la ropa salía llena de tierra y lodo, habiéndole traído por los cabellos, y así salía todo repelado, y el cabello que le habia quedado estaba todo lleno de pólvora y descompuesto. Habíanle tirado de su venerable barba, y abo-

* Serm. 15.